

**EMPIRISMO Y FILOSOFÍA EXPERIMENTAL.
LAS LÍMITACIONES DEL RELATO ESTÁNDAR DE LA
FILOSOFÍA MODERNA A LA LUZ DE LA HISTORIOGRAFÍA
FRANCESA DEL SIGLO XIX (J.-M. DEGÉRANDO)^{1, 2}**

EMPIRICISM AND EXPERIMENTAL PHILOSOPHY. THE LIMITATIONS OF THE
STANDARD STORY OF MODERN PHILOSOPHY IN THE LIGHT OF FRENCH
HISTORIOGRAPHY OF THE NINETEENTH CENTURY (J.-M. DEGÉRANDO)

Silvia Manzo^{3,4}

RESUMEN

Desde hace décadas, las categorías historiográficas racionalismo y empirismo son objeto de cuestionamientos debido a sus limitaciones para explicar el cuadro de posiciones y de relaciones conceptuales mantenidas por los filósofos habitualmente asociados con ellas. Este cuadro fue inicialmente concebido por historiadores alemanes kantianos y comenzó a ser dominante hacia fines del siglo XIX. Sin embargo, la historiografía francesa del mismo siglo desarrolló relatos que agrupaban a los filósofos modernos con otros criterios clasificativos. Joseph-Marie Degérando en la primera edición de su *Histoire comparée des systèmes de philosophie* (1804) reconoce tres grandes escuelas en la filosofía moderna, lideradas por Bacon, Descartes y Leibniz, respectivamente. Degérando presenta la diferencia entre empirismo y racionalismo como una más entre muchas otras, y no como la fundamental. Además, distingue el empirismo de la filosofía experimental y considera a esta última —junto con la filosofía especulativa— como una conciliación de los sentidos con la razón. Este narrativa genera alineamientos filosóficos que difieren del relato estándar y recoge denominaciones y un criterio clasificativo que formaban parte del discurso filosófico moderno.

Palabras clave: Empirismo, Filosofía experimental, Racionalismo, Historiografía de la Filosofía, Joseph-Marie Degérando, Francis Bacon.

ABSTRACT

In the last few decades, the historiographical categories rationalism and empiricism have been criticized for their limitations to explain the complex positions and the links held by the philosophers traditionally attached to them. This narrative was firstly conceived by Kantian German historians and began to become standard at the turn of the twen-

1 Recibido: 17 de febrero de 2016. Aceptado: 23 de mayo de 2016.

2 Este artículo se debe citar así: Manzo, Silvia. "Empirismo y filosofía experimental. Las limitaciones del relato estándar de la filosofía moderna a la luz de la historiografía francesa del siglo XIX (J.-M. Degérando)". *Rev. Colomb. Filos. Cienc.* 16.32 (2016): 11-35.

3 Universidad Nacional de La Plata – IdHICS – CONICET. Correo electrónico: manzosa@yahoo.com.ar

4 La Plata (Argentina).

tieh century. Nonetheless, nineteenth-century French historiography developed other narratives by which early modern philosophers were classified according to alternative criteria. In the first edition of *Histoire comparée des systèmes de philosophie* (1804), Joseph-Marie Degérando distinguishes three first-order early modern schools founded by Bacon, Descartes and Leibniz, respectively. Degérando introduces the empiricism and rationalism distinction as one among others, and not as the fundamental one. In addition, he separates empiricism from experimental philosophy. The last one, along with speculative philosophy, is said to conciliate senses and reason. As a result, this account offers philosophical groupings different from those constructed by the standard narrative. Furthermore, it draws on labels and classification criteria which were part of the early modern philosophical discourse.

Keywords: Empiricism, Experimental philosophy, Rationalism, Historiography of Philosophy, Joseph-Marie Degérando, Francis Bacon.

1. LA NARRATIVA ESTÁNDAR: RACIONALISMO Y EMPIRISMO

Particularmente a partir de la década de 1980, las categorías historiográficas racionalismo y empirismo que estructuraron de manera predominante la narrativa de la historia de la filosofía moderna durante el siglo XX han sido objeto de una serie de cuestionamientos. Concretamente, D. F. Norton (1981) y L. Loeb (1981) presentaron argumentos sólidos para mostrar las debilidades de esta construcción historiográfica y del canon establecido por ella. Con el paso del tiempo, las muestras de insatisfacción en este sentido se propagaron velozmente. El consenso crítico más generalizado sostiene que cuando se hace un análisis en profundidad acerca de su valor histórico, resulta evidente que la dualidad racionalismo – empirismo carece de rigor por cuanto simplifica en exceso, esquematiza y distorsiona el complejo cuadro de las posiciones y de las relaciones conceptuales efectivas que mantuvieron los filósofos habitualmente asociados con ellas: Descartes, Spinoza, Leibniz, por un lado; Locke, Berkeley y Hume, por otro – a los que en muchos relatos se suma a Bacon como como inspirador del empirismo (Cottingham 1988, 1-4; Woolhouse 1988, 1-3; Ayers 1998; Haakonssen 2004, 2006; Huenemann 2008, 1-2; Fraenkel, et al. 2011, 1-6; Gaukorgorger 2010, 155-157). A partir de este relato se fue construyendo un “paradigma epistemológico”⁵ de la filosofía de los siglos XVII y XVIII transmitido una y otra vez en los cursos de historia de la filosofía. La ética, la estética, la filosofía política y otras ramas filosóficas que se desarro-

5 Retomo aquí la denominación acuñada por Haakonssen (2004) y (2006) para referirse a esta construcción historiográfica.

llaron durante ese periodo desaparecieron de los relatos historiográficos o, en el mejor de los casos, fueron relegadas a un segundo plano (Haakonssen 2006).

A pesar de que consideran que la distinción racionalismo-empirismo no es eficiente para dar cuenta en profundidad de la filosofía moderna, varios autores admiten que estas categorías tienen sin embargo un valor pedagógico positivo por lo cual todavía pueden ser utilizadas con las debidas modificaciones (Cottingham 1988; Huenemann 2008; Fraenkel et al. 2011). De hecho, la corriente revisionista crítica ya ha tenido efectos en la enseñanza de la filosofía, como se puede detectar en libros de texto universitarios que si bien presentan los rótulos tradicionales, aluden a las nuevas perspectivas historiográficas al tiempo que advierten sobre las limitaciones de una lectura simplificadora (Francks 2003, 148-149).⁶ Por otro lado, dado que el avance del conocimiento histórico en las últimas décadas ha puesto de manifiesto la amplitud de temas y de posiciones que se desplegaron a lo largo de los siglos XVII y XVIII, se fueron construyendo relatos nuevos que desplazaron del centro de la atención las problemáticas gnoseológicas y metafísicas tradicionales para tomar como eje otras cuestiones, a veces como complemento o como correctivo del relato canónico (por ejemplo, Watkins 2013; Rutherford 2006; Anstey 2005; Neiman 2002; Schneewind 1998).⁷

Los cuestionamientos sobre la distinción racionalismo-empirismo suelen involucrar tomas de posición acerca de la forma más adecuada de tratar el pasado de la filosofía y continúan la discusión entre “apropiacionistas” y “contextualistas” que todavía hoy sigue vigente (Laerke et al. 2013). Por lo general, quienes critican el uso indebido de los rótulos racionalismo y empirismo se oponen a las perspectivas historiográficas “presentistas”, pues consideran que mediante ellos se ha trasladado indebidamente a los siglos XVII y XVIII lo que en realidad tuvo su origen mucho después, es decir, las diferencias y confrontaciones entre la filosofía de la Europa continental y la filosofía anglosajona contemporáneas. En conexión con ello, los partidarios de una revisión crítica del racionalismo y el empirismo son mucho más sensibles y afines a las reconstrucciones “contextualistas”, que pretenden realizar una lectura del pasado de la filosofía tanto cuanto sea posible en los mismos términos en

6 La relevancia de esta revisión historiográfica en la enseñanza de la filosofía es atestiguada, por ejemplo, por algunos artículos publicados en Schneewind, J. ed. (2004) y por los artículos publicados en el número de la revista *Metaphilosophy*, (2015) vol. 46, n. 3 “Symposium: Teaching Early Modern Philosophy: New Approaches”, editado por Alberto Vanzo.

7 Cabe notar que más allá de las muchas revisiones críticas que aquí indicamos, la distinción muestra signos de seguir vigente, como lo reflejan por ejemplo las siguientes entradas de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*: “Rationalism vs. Empiricism” de Markie (2015) y “Continental Rationalism” de Lennon y Dea (2014).

que fue pensado por sus propios protagonistas tomando como referencia su contexto de enunciación y su contexto histórico amplio.

Esta perspectiva no coincide con las “reconstrucciones racionales” (también denominadas “apropiacionistas” por Laerke et al. 2013) según las cuales los filósofos del presente deben hacer uso de los argumentos y de las ideas de los filósofos del pasado para resolver y discutir los problemas de la filosofía actual, aun cuando los significados, las intenciones y los contextos de cada momento histórico sean un poco o muy diferentes entre sí.⁸ Como señalan Laerke, et al., en la historia de la filosofía moderna esta discusión historiográfica cobra acaso más importancia que en el caso de la historia de la filosofía antigua y medieval, dado que el “sentido común” filosófico del presente tiende a creer que la filosofía moderna, debido a su mayor proximidad temporal con nuestro tiempo, es más pasible de ser utilizada para dar cuenta de las inquietudes filosóficas actuales. Un ejemplo claro de la confrontación entre el enfoque apropiacionista y contextualista se puede encontrar en las críticas de D. Garber (2005) a las interpretaciones de J. Bennett (2001). O también en la defensa del esquema tradicional que S. Priest (2007, 7-14) hizo en abierta oposición a los cuestionamientos de Cottingham (1988, 1-4). En efecto, Priest se propone hacer “exactamente lo opuesto” a lo que rechaza Cottingham: no quiere “hacer historia” sino “hacer filosofía”, lo cual implica, según Priest, construir las proposiciones de Locke, Berkeley y Hume de manera tal que brinden respuestas posibles a los problemas filosóficos de la actualidad.

Varios autores con un enfoque más afín con el contextualismo han señalado que la distinción entre racionalismo y empirismo encuentra sus raíces en el último cuarto del siglo XVIII (Norton 1981, 331-33; Cottingham 1988, 2; Haakonssen 2004 y Vanzo 2013, 2014, 2016). Si bien Norton y Haakonssen sostienen que sus primeros esbozos pueden reconocerse en las conceptualizaciones del pasado filosófico reciente realizadas por Kant y Reid, las investigaciones recientes de Vanzo (2016) han demostrado de modo contundente que en rigor sólo en la obra de Kant se puede hallar el antecedente más remoto de esta dicotomía. Lo que en Kant aparecía tan sólo esbozado, más tarde —en las historias de inspiración kantiana compuestas primero por Karl L. Reinhold, y luego por Wilhelm G. Tennemann y Johann G. Buhle— alcanzará la forma que se convirtió en estándar. Es particularmente a través de la obra de Tennemann y Buhle que esta narrativa comenzó a predominar en las historias de la filosofía moderna angloparlante hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, al ser incorporada en los textos de Kuno

8 Para un exponente reciente de esta perspectiva, vd. Sullivan y Pannier 2014.

Fischer, Friedrich Ueberweg, Richard Falckenberg y Wilhelm Windelband. De este modo, con el paso del tiempo, la díada racionalismo-empirismo fue fundamental en la historiografía de la filosofía de distintas nacionalidades y de tradiciones filosóficas tan diversas como las de E. Cassirer, B. Russell y F. Copleston, por señalar tan sólo algunas.⁹

2. FILOSOFÍA EXPERIMENTAL Y FILOSOFÍA ESPECULATIVA

Dentro de este amplio panorama revisionista, en este artículo nos interesa detenernos en dos líneas de investigación que tienen importantes puntos de convergencia. Por un lado, la línea que investiga la distinción histórica entre “filosofía especulativa” y “filosofía experimental” en el periodo moderno. Por otro lado, los estudios de la historiografía de la filosofía francesa del siglo XIX, en la que se presenta una lectura de la filosofía moderna que distingue el empirismo de la filosofía experimental. Ambos enfoques permiten una conexión entre la historia de la filosofía y la historia de la ciencia, ya que esta revisión gira en torno a la concepción de la filosofía natural en los siglos XVII y XVIII y la lectura que recibe en el siglo XIX como la “nueva ciencia” que surgió como desprendimiento de la filosofía en el periodo moderno.

Con respecto a la primera línea, los estudios de Anstey (2005) ponen de manifiesto que los propios filósofos naturales congregados en el ámbito británico, especialmente en torno de la Royal Society en el periodo que se extiende aproximadamente entre 1650 y 1720, establecieron una distinción entre filosofía especulativa y filosofía experimental tanto para identificarse a sí mismos como para criticar a otros. En este contexto histórico específico, según Anstey la filosofía especulativa puede definirse –a grandes rasgos– como el desarrollo de explicaciones de fenómenos naturales sin recurrir previamente a la observación y la experimentación. En cambio, lo que caracteriza a la filosofía experimental es la recopilación y el ordenamiento de observaciones y reportes experimentales con el objeto de desarrollar explicaciones de fenómenos naturales basadas en ellos (Anstey 2005, 215). Muchos miembros y allegados a la Royal Society se identificaban explícita o implícitamente como partidarios de la filosofía experimental –aun cuando mantuvieran divergencias entre ellos sobre cuestiones metodológicas tales como el concepto de hipótesis y su valor en la investigación científica, o la pertinencia de utilizar métodos demostrativos que partieran de instancias empíricas–. Esta adhesión a la filosofía experimental llevaba además a descalificar cualquier teoría científica que

⁹ Para un estudio de la presencia de esta dicotomía en Russell y Copleston vd. Calvente, en prensa.

tuviera como único sustento explicaciones exentas de toda base observacional o experimental. Esta perspectiva se propagó en el siglo XVIII a otros espacios europeos en Holanda, Francia y Alemania. De este modo, trascendió los límites de la filosofía natural para proyectarse en la ética, la filosofía política y la estética (Anstey y Vanzo, 2016).

Aunque a primera vista la distinción entre filosofía especulativa y filosofía experimental pudiera parecer equivalente a la diferencia entre racionalismo y empirismo, con toda razón, Anstey sostiene que la distinción *histórica* entre filosofía experimental y filosofía especulativa —elaborada por los propios actores del pasado que es objeto de investigación— no puede identificarse con la distinción *historiográfica* entre empirismo y racionalismo —construida por los historiadores de la filosofía en los siglos XIX y XX para dar cuenta de ese mismo pasado— (Anstey 2015, 238). Si, como sostiene la versión historiográfica tradicional, la aceptación o no del innatismo es un elemento fundamental que separa a empiristas de racionalistas, esta variable no entraba en juego para diferenciar filósofos experimentales de filósofos experimentales. De hecho, Robert Boyle, uno de los exponentes más conspicuos de la filosofía experimental, abrazó el innatismo en varias ocasiones (Vanzo 2013, 8). Sin dudas, apelar al par filosofía experimental/filosofía especulativa tiene el fundamental valor historiográfico de recuperar los criterios clasificativos esgrimidos por los sujetos cuyo discurso nos proponemos interpretar como historiadores en el presente, lo cual nos permite reconstruir con mayor exactitud el pasado sin proyectar categorías forjadas con posteridad que poco se ajustan a la realidad histórica. Asimismo, tal apelación deja de lado toda pretensión de reducir los siglos XVII y XVIII a la distinción filosofía experimental/filosofía especulativa, limitándose tan sólo a intentar explicar algunas discusiones y debates en ciertos espacios europeos en torno al conocimiento del mundo natural, particularmente en lo que atañe a cuestiones metodológicas.

Con respecto a la historiografía francesa, algunos autores han señalado que ésta presenta notables peculiaridades que la alejan del relato sobre racionalismo y empirismo que fijó la historiografía alemana de inspiración. Así por ejemplo, se ha observado que en la narrativa de la escuela cousiniana el periodo moderno distingue varias corrientes, todas igualmente importantes. Ese relato conecta a Bacon con Locke como sensualistas, a Descartes con Berkeley como idealistas, a Bayle con Hume como escépticos, y a Swedenborg con Jacobi como místicos (Vanzo 2016). En esta misma línea se establecen, por ejemplo, filiaciones entre Descartes, Locke y Malebranche que no encajan en el esquema tradicional del racionalismo y empirismo (Kolesnik-Antoine 2013). Por tal motivo, no es sorprendente que si Fischer, uno de los principales difusores de

la historiografía tradicional kantiana, sostiene en 1857 que en la filosofía de Bacon se encuentra la raíz de lo que lo que iban a desarrollar los empiristas (Fischer 1856, 388-389), algunos historiadores franceses del siglo XIX como Ch. de Rémusat y Ch. Adam no presentaron a Bacon en estrecha relación con el empirismo (Pérez-Ramos 2003, 145).¹⁰ Evidentemente, la conformación del canon tuvo ciertas variaciones en distintas regiones del mundo dignas de ser tenidas en cuenta a la hora de emprender una evaluación de su valor histórico (Kuklick 1984).

Poco antes de que hacia fines de la década de 1820 cuando fue oficialmente incorporada en la enseñanza oficial (Kolesnik-Antoine 2013, 160; Schneider 1999, 180-184), la escuela de Victor Cousin y su “eclecticismo espiritual” dominara la historiografía francesa de la filosofía, en los albores del siglo XIX encontramos en ese mismo espacio geográfico otra narrativa en la que aparece una crítica del relato historiográfico alemán de inspiración kantiana que por entonces era uno más entre otros, sin llegar a ser dominante. Se trata de una historia general de la filosofía centrada en el tema del conocimiento que compara los “sistemas” filosóficos. Su autor, Joseph-Marie Degérando, hace una fuerte defensa de la “filosofía de la experiencia” (o filosofía experimental) en un sentido muy similar al que fue concebida por los filósofos ligados a la Royal Society. Al mismo tiempo, el autor diferencia esta filosofía tanto de la filosofía especulativa como del empirismo. Precisamente por ello, manifiesta su discrepancia con los historiadores alemanes alegando que ellos confundieron el empirismo con la filosofía de la experiencia. En lo que sigue me dedicaré a presentar los términos de esta exposición de la filosofía experimental y su contrapunto con el empirismo, al tiempo de señalar las diferencias que Degérando establece con la lectura que atribuye a sus contemporáneos colegas alemanes. Antes de ello, será conveniente introducir a esta figura poco conocida en nuestro ámbito académico.

3. DEGÉRANDO Y LA *HISTOIRE COMPARÉE* *DES SYSTÈMES DE PHILOSOPHIE*

Joseph-Marie Degérando (de Gérando o Gérando) (1772-1842) fue una figura pública destacada en la Francia de la primera mitad del siglo XIX. Se trata de un personaje multifacético que sobresalió no sólo por sus contribuciones teóricas en el campo intelectual francés sobre temas de la filosofía, la antropo-

¹⁰ Charles de Remusat, *Bacon, sa vie, son temps, sa philosophie jusqu'à nos jours* (Paris 1857) y Charles Adam, *Philosophie de Francois Bacon* (Paris 1890).

logía, el derecho o la educación y la beneficencia pública, sino también por su actuación en diversos cargos gubernamentales del más alto nivel, su obra filantrópica o su participación en diversas instituciones de la sociedad civil. Nacido en Lyon y de confesión católica, estudió allí en el Colegio de los Oratorianos y cursó filosofía en el Seminario de los Sulpicianos en Saint-Irénée.¹¹ Si bien quiso seguir la carrera eclesiástica, desistió debido a las consecuencias que se desencadenaron tras la caída del Antiguo Régimen. Tras haber combatido contra la República en 1793, pasó varias temporadas de exilio en Suiza, Italia y Alemania (donde se familiarizó con la filosofía alemana), con retornos temporarios a Francia.

En compañía de Camille Jordan, ingresa en 1797 al *salon* de Mme. de Staël y toma contacto con los ideólogos. Fue por entonces que comenzó su producción intelectual, la cual experimentó un hito decisivo cuando en 1799 ganó un concurso de ensayos sobre la influencia de los signos en la formación de las ideas convocado por el Instituto Nacional. Desde entonces, su carrera fue en ascenso tanto en lo intelectual como en lo político. Sus diversas publicaciones le merecieron el reconocimiento de la Academia de Berlín y la Academia Real de Estocolmo. Durante el Imperio, fue ocupando importantes cargos en Italia y España, con el favor de Lucien Bonaparte, y llegó a ser miembro del Consejo de Estado y secretario del Ministerio del Interior. A partir de 1815, estuvo particularmente comprometido en diversos proyectos de beneficencia y de educación popular.

Si bien Degérando ha sido habitualmente identificado como uno de los “ideólogos” franceses, a partir del juicio de Picavet que en su tipología clásica lo contó entre los miembros de la “tercera generación” de ideólogos —caracterizada por su corte “espiritualista y cristiano” (Picavet 1891, 101, 505-518; Daled 2005, 27)—, estudios recientes consideran que esta clasificación es insuficiente para dar cuenta de un espíritu tan complejo y polifacético, que incluso mantuvo diferencias con algunos de los ideólogos más conspicuos como Pierre-Jean-Georges Cabanis o Antoine Destutt de Tracy. Por ello, juzgan más adecuado caracterizar a Degérando como un pensador de síntesis y un ecléctico, que como un ideólogo totalmente comprometido con los fundamentos de esta corriente (Chappey, et al. 2014, 12-13; 20).¹² Esta última apreciación parece la más correcta por lo que a la *Histoire comparée* se refiere.

11 Para una biografía política e intelectual más extensa de Degérando vd. Chappey et al. 2014; Daled 2005, 25-28.

12 Como señalan Chappey et al. 2014, 13-14, también resulta problemático encontrar una etiqueta apta para caracterizar a Dégerando en lo que respecta a su perfil político y religioso. En verdad, son diversas las calificaciones que ha recibido: desde “oportunista” hasta “monárquico liberal”, pasando por “humanista de izquierda”, entre otros.

En efecto, se ajusta perfectamente a la posición adoptada por Degérando en el momento de presentar el pensamiento de Condillac, la principal fuente filosófica en la que abrevó la ideología. Si bien Condillac queda inscripto en el sistema de la filosofía experimental que será la preferida de Degérando, es también objeto de diversas críticas. De ahí que no sea precisamente el filósofo francés quien reciba las mayores loas de parte de Degérando, sino más bien Francis Bacon, quien es el fundador de la escuela seguida por Condillac.

La *Histoire comparée des systèmes de philosophie relativement aux principes des connaissances humaines* se publicó por primera vez en 1804 en tres volúmenes. Entre 1822 y 1823 apareció una segunda edición en cuatro tomos dedicada principalmente a la filosofía griega. Una tercera edición en cuatro volúmenes fue publicada en póstumamente en 1847, y abarca la filosofía desde el Renacimiento hasta fines del siglo XVIII.¹³ La primera edición tuvo una importante repercusión en Europa, al punto que fue elogiada por Wilhem G. Tennemann y reconocida por Dugald Stewart por las afinidades con su filosofía (Daled 2005, 27).¹⁴ También fue criticada por Stendahl, quien la juzgó “insípida” (Chappey 2014, 16).

La metodología elegida por Degérando para su historia toma expresamente como fuente inspiración el modelo baconiano de “historia literaria” (Degérando 1804, I vii-viii; cf. Bacon 2000, 62).¹⁵ Se propone ofrecer un “ensayo de filosofía experimental” que, fiel al espíritu baconiano de la “historia inductiva”, no quiere ser una mera “historia narrativa”. Es por eso que en este relato los sistemas filosóficos cumplen el rol de ser los “hechos” o “experiencias” a partir de cuya compilación el historiador abstrae las generalidades que constituyen las leyes del espíritu humano (I, xxv-xxvi). En cuanto al punto de vista del narrador, Degérando afirma que no quiere seguir la práctica de los historiadores que o bien relatan el pasado para defender una única posición filosófica adoptada de antemano, o bien pretenden ser totalmente imparciales, sin juzgar nunca los sistemas ni aplicarlos a ningún fin. A diferencia de ellos, asegura haber puesto en práctica una metodología que combina la neutralidad descriptiva con el juicio valorativo. Así, afirma haber indicado “los hechos, como si fuéramos ajenos a cada opinión” y luego haber establecido su opinión a partir “del sólo testimonio de los hechos” (I, xxx).

¹³ En este estudio nos hemos concentrado en la primera edición.

¹⁴ Vd. la advertencia al lector incluida en la segunda edición de la *Histoire comparée* (1822, I, iii-v).

¹⁵ De aquí en más, todas las citas entre paréntesis que no indiquen lo contrario se referirán a esta obra, indicando número de tomo y de página).

Esta suerte de fe en los beneficios de la imparcialidad no parece ser en modo alguno. Degérando da muestras de estar suficientemente versado en las historias de la filosofía que le precedieron y, por lo tanto, familiarizado con sus apuestas metodológicas.¹⁶ A ellas les dedica un capítulo entero, en el que juzga el trabajo de los “historiadores” de la filosofía desde a la Antigüedad hasta su propio presente (I, 34-73). Su repaso de la historiografía reciente toma en cuenta lo producido en Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania. Es a los historiadores alemanes –sin duda los más citados en su obra– que les reconoce los mayores méritos por la gran contribución que han realizado a la historiografía filosófica desde Brucker en adelante (I, 58-64). Para los fines de nuestro estudio, es importante destacar que cuando compuso la primera edición de la *Histoire comparée*, Degérando sin duda conocía el relato estándar del racionalismo y el empirismo modernos desarrollados por Reinhold (II, 271-272) y Buhle (II, 253-254)¹⁷ –a los que incluye en la escuela kantiana.¹⁸ Además, estaba al tanto de la obra de Christoph Meiners y Dietrich Tiedemann¹⁹ quienes, al igual que Degérando, simpatizaban con la filosofía experimental (Vanzo 2014, 14). Será, entonces, hacia los primeros que dirigirá sus críticas.

Degerándó divide su historia en dos grandes partes. La primera exhibe las escuelas en forma cronológica, exponiendo sus características y circunstancias, ponderando sus ventajas y desventajas. En cambio, la segunda es de carácter sistemático, y considera estos mismos hechos “teóricos” como elementos para construir una nueva teoría. De tal manera, elabora un examen crítico de los sistemas haciendo una comparación entre ellos. Como resultado, espera captar el principio de distinción u oposición entre ellos, descubrir la marcha general del espíritu humano en la formación de los sistemas, y el origen y el avance de los descubrimientos verdaderos alcanzados por la filosofía (II, 359). La historia de las “revoluciones filosóficas” debe ser, entonces, una preparación para el estudio de las leyes del entendimiento (II, 346). Al poner en práctica este

16 Por razones de extensión no nos detendremos a analizar a fondo las consideraciones historiográficas que ofrece Degérando a lo largo de su obra.

17 Degérando califica a Buhle como “uno de los sabios más distinguidos de Alemania” (I, 65-66 nota 1).

18 Degérando también conocía la historiografía de Tennemann, pero –al menos en la edición de 1804– dice que sólo se publicaron dos tomos correspondientes a la filosofía griega (II, 272), aludiendo a *Geschichte der Philosophie*, que comenzó a publicarse en 1798 (Leipzig: Barth, 1798-1819). En la segunda edición de la *Histoire*, esta obra es muy citada con referencia a la filosofía antigua.

19 Sobre Tiedemann, dice Degérando: “le debemos ciertamente la mejor historia de la filosofía que ha enriquecido hasta el día de hoy la literatura de Europa” (II, 134). Brucker, Buhle, Tiedemann y Georg Gustav Fülleborn (influido por Reinhold) son los historiadores más citados por Degérando en la primera edición de la *Histoire*. En la segunda edición, Degérando modifica el capítulo dedicado a los historiadores. Allí destaca a Tennemann, Tiedemann y Buhle como los principales historiadores alemanes (Degérando 1822, I 151). Para un estudio de todos estos historiadores vd. los diversos artículos de Santinello y Piaia (1995).

procedimiento, la apuesta de Degérando se propone probar la máxima según la cual “toda verdad teórica se encuentra ligada a una verdad de hecho, de la cual toma su fuerza, y a una verdad práctica, que le sirve como su aplicación y que no es más que una intermediaria destinada a establecer una comunicación entre una y otra” (II, 347). Como resultado de este registro histórico de los sistemas filosóficos, concluye que el centro de todas las filosofías reside en la cuestión de “fijar los principios de los conocimientos humanos”. En esta búsqueda por los principios son tres los temas centrales que han ocupado a los filósofos: la realidad, la extensión y la garantía legítima de los conocimientos (I, xviii-xix).

4. LAS TRES ESCUELAS PRINCIPALES DE LA FILOSOFÍA MODERNA Y EL PROTAGONISMO DE LA FILOSOFÍA EXPERIMENTAL BACONIANA

De acuerdo con la clasificación epocal propuesta por Degérando, la filosofía moderna corresponde a la quinta y última época, en la cual se asigna a los conocimientos humanos principios basados en la “observación y la reflexión”. La filosofía se aplica entonces al estudio de las facultades del espíritu humano y de los procedimientos de la experiencia, convirtiéndose en un “arte de los métodos” (I, 18). Este periodo aparece dividido en tres escuelas “de primer orden” lideradas por Bacon, Descartes y Leibniz.²⁰ En este esquema, Leibniz se sitúa en una posición intermedia entre Bacon y Descartes. Si Bacon estudia la naturaleza, vinculando todo con la experiencia, y Descartes encierra todo en el “santuario de la meditación”, extrayendo todo de sus propias ideas, Leibniz busca vincular “los hechos con los principios”, de modo que estudia los primeros para explicarlos y los segundos para hacerlos dar fruto (I, 284-285).

De cada escuela se derivan otras, más o menos fieles a la doctrina filosófica fundadora. De la filosofía baconiana se derivan tres. La escuela fiel a las bases baconianas es representada fundamentalmente por Locke, y entre sus muchos seguidores se cuentan Gassendi, Thomasius, Tschirnhausen, Condillac, D’Alembert, Bonnet y la escuela escocesa (Shaftesbury, Hutcheson, Reid, Smith, Stewart, etc.). Las dos escuelas restantes, si bien tienen afinidades con la escuela baconiana, terminan excluyéndose mutuamente y alejándose del núcleo baconiano. En primer lugar, se trata de las filosofías de Hobbes y de Helvetius, que le dan énfasis a la “sensación” y constituyen el materialismo. En segundo término, se encuentra la escuela idealista, que enfatiza la “reflexión”

²⁰ Como indica Vanzo, 2016, esta clasificación reaparece en Louis Eugène Marie Bautain, *An Epitome of the History of Philosophy*, trans. C. S. Henry (New York: Harper, 1841).

y está representada por la filosofía de Berkeley, que fue luego modificada por Hume (I, cap. X-XII).

Los seguidores de Descartes se concentran en el ámbito de los Países Bajos y Francia. Por un lado, se encuentran sus inmediatos seguidores en la Universidad de Lovaina (Liptorp, Schwehin, etc.) y en Francia (Clauberg, De la Forge, Bernier, Regis, Rohault, Bossuet, Fenélon, Malebranche, los filósofos de Port Royal, etc.). Por otro, se encuentra Spinoza, quien desarrolla una escuela lateral del cartesianismo y saca consecuencias no atendidas por su fundador (II, cap. XIII). La escuela de Leibniz fue seguida en prácticamente toda Alemania (Baumgarten, Mendelsohn, Lessing, Herder, etc.) y tiene como seguidor de primer orden a Wolff (II, cap. XIV-XV). Kant surge de esta escuela y crea una escuela propia que luego tuvo varias subdivisiones (II, cap. XV-XVII; Daled 2005, 31-32).

Degérando cree que tan sólo la filosofía baconiana ha gozado de un éxito duradero, tanto por la cantidad de seguidores como por la gran influencia que sigue ejerciendo en la filosofía y en la ciencia. En cambio, estima que el éxito del cartesianismo fue sólo pasajero, mientras afirma que la escuela leibniziana nunca fue más allá de lo que legó la obra de su fundador. En este cuadro, Bacon es celebrado como el “genio que debía regenerar la física” y ha marcado con su nombre la restauración gloriosa de la filosofía, convirtiéndose en el “Aristóteles de los tiempos modernos” (I, 285-6). Según Degérando, Bacon tuvo la capacidad de predecir los rápidos progresos que iban a suceder los hallazgos científicos de su tiempo y de extraer un método general tomando a estos como ejemplos. De tal manera, “conquistó” y “legisló” todas las regiones de las ciencias y propuso hacer del entendimiento una “tabla rasa” (un espejo se superficie pulida) para reconstruir sobre bases más sólidas todo el edificio de la filosofía.

Ninguna filosofía más que la baconiana ha sido mejor justificada por sus efectos ni más fecunda por sus resultados. Por un lado, Degerando señala sus inéditas consecuencias en las “ciencias físicas” y considera que todos los avances científicos de los siglos XVII y XVIII se deben al impacto producido por metodología baconiana: todos ellos no son más que un “vasto comentario” a la obra de Bacon (I, 297). Así, aunque la evidencia histórica de la que hoy disponemos en muchos casos dista mucho de avalar el juicio de Degérando, su relato presenta una larga lista de científicos que han tomado la senda baconiana: Galileo, Toricelli, Harvey, Huyghens, Lewenhoeck, Ruisch, Boyle, Malpighy, Halley, Cassini, Bradley, Newton y Kepler. Casi todos los integrantes de ella componen el canon habitual de los héroes de la ciencia construido por los historiadores del siglo XIX. Degérando sostiene que Bacon

estableció que la física necesita sobre todo de instrumentos y del “arte de la experimentación” (*l'art des expériences*) para alcanzar sus objetivos. Este aporte totalmente innovador, ha dotado al espíritu humano de un poder hasta entonces desconocido (I, 296-297).

Por otro lado, el legado baconiano también se destaca en el ámbito de la filosofía. Sólo la escuela de Sócrates es comparable a la de Bacon, por haber constituido una “familia tan numerosa” de genios filosóficos. En el caso particular de la filosofía, la “revolución” producida por Bacon se debe a su llamado a que la filosofía estudie la naturaleza humana aplicando para ello su método y buscando el principio de los conocimientos humanos en el análisis de las facultades del espíritu (I, 289-90). Con ello, se refiere a la asociación que establece Bacon de las tres grandes ramas del saber con una facultad particular de la mente humana: la historia con la memoria, la poesía con la imaginación y la filosofía con la razón (*cf.* Bacon 2000, 61).

La filosofía de Bacon funda una nueva era, criticando dos excesos en los métodos ofrecidos por las filosofías precedentes: el empirismo ciego —el cual, detenido en unos pocos hechos particulares, no sabe generalizar adecuadamente— y la especulación temeraria —que se lanza a las nociones generales, sin haber pasado por los grados previos necesarios para obtener generalizaciones— (I, 288-289). Ya en esta reconstrucción cronológica se anticipa la crítica de la contraposición entre empirismo y racionalismo que Degérando expondrá en la parte sistemática de su obra.

5. EMPIRISMO Y RACIONALISMO DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XVIII

Para Degérando empirismo y racionalismo se refieren a tan sólo uno de los aspectos en que se distinguieron las posiciones filosóficas a lo largo de la historia. En la segunda parte de *Histoire comparée*, donde realiza un “análisis crítico” de la posición de los sistemas filosóficos con respecto a la generación de los conocimientos, sostiene que esta dicotomía responde a la pregunta por el origen o los “primeros elementos” del conocimiento. Mientras los empiristas (también conocidos como “sensualistas”) sostienen que los principios se encuentran en las “impresiones de los sentidos”, los racionalistas consideran que éstos se encuentran en las “deducciones de la razón” (II, 341-342). Su rastreo histórico sitúa el inicio de esta distinción en los sistemas cosmológicos presocráticos (II, 357-358), cuya reflexión aprendió a distinguir “las sensaciones de sus objetos, la experiencia de la razón, los sentidos internos de los

externos” (II, 358). A partir de entonces, experiencia y razón, “se disputan o parecen disputarse” el dominio del conocimiento. Si la divergencia entre empirismo y racionalismo se refiere al origen del conocimiento, la diferencia entre escepticismo y dogmatismo responde a la cuestión de la “certeza” del conocimiento y la disputa entre materialismo e idealismo tiene que ver con la “realidad” del mismo (II, 341-342). Ninguna es más central que la otra en el relato que ofrece Degérando sino que todas son igualmente importantes y a veces separan a partidarios que provienen de la misma escuela filosófica de primer orden.

El racionalismo es el sistema que “sujetándose exclusivamente a las deducciones abstractas, aleja de sí todos los elementos tomados de los sentidos” (II, 360). La “secta” de los racionalistas está formada en la Antigüedad por Pitágoras, Heráclito, Parménides, Zénon y Euclides; más tarde por los místicos alejandrinos, los teósofos y los cabalistas. En el Renacimiento revive de la mano de Pico de la Mirándola, Agrícola, Bruno, Cardano, para prolongarse en la época moderna con More, Cudworth y Spinoza —que tiene en la actualidad vigencia en muchas sectas alemanas—. Ni Descartes ni Leibniz se cuentan entre ellos. El sistema empirista, en cambio, se concentra “exclusivamente en las impresiones sensibles” y “priva a los datos de la experiencia de la asistencia de las verdades especulativas” (II, 361). Los “defensores exclusivos de los sentidos” en la filosofía antigua tuvieron como partidarios a Protágoras, Aristipo y Epicuro. En el Renacimiento se recupera con Campanella, se renueva más tarde con Hobbes, Helvetius y Rudiger, y recibe el apoyo de Hume y Hartley (II, 358-359). Ni Bacon, ni Locke, ni Berkeley se cuentan entre sus filas.

Según Degérando, ambos sistemas comparten el supuesto según el cual los principios en los que cada uno se basa son incompatibles entre sí: los sentidos y la razón. Por ello, su estrategia argumentativa consistió en tomar partido en forma excluyente por uno de ellos y mostrar las insuficiencias del contrario. En esa estrategia los racionalistas aducen que el empirismo es estéril debido a que impide establecer verdades generales y que, al no reconocer ninguna “máxima absoluta”, no construye una ciencia propiamente dicha. Por otro lado, indica que las sensaciones de distintas personas o incluso de una misma persona en distintos momentos son cambiantes, variables e inciertas, y enfatiza las contradicciones aparentes de los sentidos. Le recrimina al empirismo que no pueda sacar conclusiones sobre el futuro basándose en el pasado, ni deducir hechos que no son objeto de una “intuición inmediata” a partir de hechos que sí son “aparentes” (II, 361).

En la presentación que hace Degérando de las críticas del empirismo al racionalismo, su voz se confunde con la de las empiristas, ya que, aunque su sistema

favorito es la filosofía experimental, evidentemente sus preferencias filosóficas se acercan más al primero que al segundo. Así, nos dice que los empiristas no extraen nada positivo de los muchos, diversos y hasta contrapuestos sistemas que las racionalistas desarrollaron a través de rigurosas deducciones realizadas partiendo de principios “pretendidamente” necesarios y eternos. Más aun, juzgan que el “absurdo y la arbitrariedad de las hipótesis salidas del seno de máximas abstractas ofrecen un material inagotable para la crítica” (II, 362). Con todo derecho, el empirista puede acusar al racionalismo de esterilidad, al mostrarles que “la identidad solamente puede legitimar sus conclusiones, y que la identidad transforma las nociones sin entenderlas” (II, 362).

Degérando es consciente de que su descripción del empirismo no es la misma que han presentado sus colegas alemanes tan preciados. Por eso, en una extensa nota señala que los “escritores alemanes” —a quienes no nombra, aunque es probable que se refiera a los kantianos Reinhold y Buhle— han cometido el error de confundir el “empirismo” con la “filosofía de la experiencia.”²¹ En cambio, Degérando piensa que entre ellos existen “diferencias esenciales”. Si bien ambos tienen como punto de partida los “hechos”, el tratamiento y el resultado que obtienen a partir de ellos son absolutamente distintos. En el empirismo los hechos quedan “aislados, dispersos e inanimados”, sin que verdades generales se interpongan entre ellos, los transformen o extiendan sus resultados. Por el contrario, en la filosofía de la experiencia los hechos adquieren fecundidad en virtud de las leyes generales en las que quedan reunidos. De aquí que, según Degérando, mientras la filosofía experimental ingresa en “el santuario del templo de la naturaleza”, el empirismo sólo contempla su exterior. El primero es solo una actividad movida por el instinto, pero el segundo es todo un arte. Si el empirismo no hace otra cosa que “ver” los fenómenos, la filosofía experimental se eleva desde los efectos constituidos por los hechos hacia las causas. De tal modo, la filosofía experimental “lee” en los hechos pasados lo que va a suceder, mientras que el empirismo se reduce al mero presente. Este obedece ciegamente los hechos, pero la filosofía experimental los interroga metódicamente. Para el empirismo todo es cambiante y efímero, mientras que la filosofía experimental tiene la capacidad de descubrir de las variaciones aparentes y las combinaciones regulares y constantes.

En suma, Degérando recomienda leer la obra de Bacon para comprender la gran diferencia que separa el empirismo de la filosofía experimental, algo que

21 La denominación que utiliza más frecuentemente Degérando para referirse a ella es “philosophie de l’experience”, y sólo a veces la llama “philosophie experimental”. En este trabajo usaremos indistintamente ambas denominaciones para designar la misma corriente filosófica.

sin duda no han tenido en cuenta los alemanes a los que hace referencia (p. 359-360 nota 1).

Frente a esta valoración de la filosofía experimental, es inevitable que no sólo el empirismo sino también el racionalismo sean rechazados por Degérando, quien cree ninguno de ellos es rigurosamente consecuente con la condición de mantener sus principios como totalmente excluyentes de su supuesto rival. En línea con lo que muchos historiadores de nuestra época contemporánea han notado, pone de manifiesto que más allá de las declaraciones de principios, en rigor, difícilmente se pueda encontrar un sistema puramente racionalista o puramente empirista. En tal sentido, según Degérando, el racionalismo muchas veces admite hechos en sus deducciones, mientras que el empirismo, sin darse cuenta, reúne los hechos a través de nociones abstractas. Justamente en ciencias como la astronomía y la física se da una alianza entre sentidos y razón, pues para desarrollarse necesitan tanto de hechos como de cálculos (II, 365-366).

6. FILOSOFÍA EXPERIMENTAL Y FILOSOFÍA ESPECULATIVA

Esta observación acerca de la condición de algunas ciencias, le da pie a Degérando para introducir una segunda divergencia que se origina a partir de la distinción entre sentidos y razón, en la cual no se presenta una contraposición absoluta entre ellos, como sí ocurre en el empirismo y el racionalismo. Se trata de la distinción entre filosofía experimental y filosofía especulativa. Define a la primera a través de una serie de afirmaciones:

Los sentidos (...) proveen los primeros elementos para la verdad; cuando se agrega la razón, ésta une dichos elementos, los combina, los transforma y prepara sus aplicaciones. De tal modo, las impresiones sensibles, al perder la forma del empirismo, adquieren el carácter de la experiencia (II, 366).

La genealogía de la filosofía experimental trazada por Degérando coloca como su fundador a Hipócrates, y señala que Sócrates, Aristóteles —quien la sustenta con sus “ejemplos”— y los estoicos fueron sus seguidores en la Antigüedad. En la Edad Media fue sostenida por Ockham. Más tarde, será el “gran Bacon” quien la presente en su máxima claridad y con toda su riqueza. Gassendi la defiende y poco después Locke la consagra (II, 366-367). Seguidamente la “escuela inglesa” la imita. Encuentra destacados representantes en Francia (Condillac y D’Alembert) y una adopción con ciertas modificaciones en Alemania (Thomasius y Tschirnhausen). Degérando no encuentra más que elogios para este sistema. Se trata de una filosofía que resulta “esclarecida”

por la experiencia, que tiene la capacidad de mostrar a las ciencias un camino fecundo. De ese modo, son las mismas ciencias las que confirman la autoridad que le corresponde a la filosofía, gracias al testimonio que brindan los descubrimientos científicos alcanzados bajo la guía de la filosofía (II, 367).

Por otro lado, los representantes de la filosofía especulativa sostienen que la razón

debe establecer desde el comienzo ciertas máximas que, siendo verdaderas por sí mismas, necesarias, absolutas y generales, pueden ofrecer sin más un verdadero punto de apoyo para nuestros conocimientos. Es en torno a estas columnas inamovibles que deben relacionarse sucesivamente las verdades sensibles de una manera secundaria. (II, 367-368).

El primer antecedente de esta posición es Anaxágoras, quien fue interpretado en este sentido por Platón. Más tarde, fue seguida por los eléatas. Extrañamente aparece aquí nuevamente Aristóteles, cuya lógica es de carácter especulativo –aunque no ocurre lo mismo con su obra científica (“sus ejemplos”). La filosofía especulativa fue cultivada además por los árabes, los escolásticos, Petrarca y Melancton. Descartes y Leibniz “liberaron esta filosofía de todo servilismo y mostraron su gran potencialidad”. Fue particularmente seguida por las ciencias matemáticas y abrazada en Inglaterra por Hobbes. Berkeley y Clarke equilibraron con la especulación, la autoridad que provenía de Locke. Degérando incluye a Kant al final de esta serie, aunque no parece presentarlo como un estricto representante de la filosofía especulativa: “[Kant] viene a proponer un nuevo acuerdo entre sentidos y razón en el cual aquellos fijan el límite del conocimiento, y esta conserva el derecho de presencia para su formación” (II, 369).

Como en el caso de los empiristas y los racionalistas, los partidarios de la filosofía especulativa y la filosofía experimental se dirigen críticas mutuamente. Los especulativos dicen que los experimentales sostienen un empirismo disfrazado; mientras que a los especulativos se los acusa de ser arrastrados por sus principios a un racionalismo absoluto y casi inevitable (II, 370). En este contexto, Degérando retoma el contraste interesante entre empirismo y filosofía experimental, que ya hemos señalado anteriormente, a propósito de su concepción sobre el origen de las ideas que enlaza la distinción entre empirismo racionalismo con la filosofía especulativa y filosofía experimental. Allí donde los empiristas simplemente sostienen que no hay más ideas que las sensaciones, los experimentales diferencian las ideas sensibles de aquellas que se deducen de ellas por medio de la reflexión. De tal manera, Aristóteles, Zenón, Epicuro, Bacon, Gassendi, Locke, Tschirnhausen y D’Alembert coin-

ciden en esta última explicación asumiendo que el espíritu es una tabla rasa (II, 370-371).

Por su parte, los representantes de la filosofía especulativa piensan que algunas ideas se encuentran en nosotros mismos desde nuestro origen, o son producidas completamente por nuestro espíritu sin participación de los sentidos, o son inherentes a nuestras facultades en virtud de su naturaleza. Quienes sostuvieron alguna de estas variantes del innatismo son Pitágoras y Platón, quienes fueron seguidos por los alejandrinos. Cudworth y Descartes renovaron esta perspectiva, mientras que Leibniz la conserva haciéndole una restricción. Finalmente, Kant la vuelve a presentar, pero a través de una nueva terminología y modificándola con nuevas interpretaciones (II, 371).

Más allá de estas diferencias, según Degérando experimentales y especulativos coinciden en reconocer que las “ideas sensibles” son primeras en un sentido temporal. Sin embargo, los especulativos añaden que algunas ideas, llamadas “innatas”, “interiores” o “formales” son primeras en cuanto a su “dignidad”. Aun así, tales ideas no se presentan a la conciencia humana si no es por “la ocasión de las impresiones sensibles”. Es por ello, que asumen junto con los experimentales la tesis aristotélica de que “todos nuestros conocimientos comienzan por la experiencia” (II, 370-371). Con este último agregado, la reconstrucción de Degérando sobre el origen de las ideas no sólo parece poco fiel a la realidad histórica sino poco compatible con la interpretación estándar de las tesis innatistas.

Cabe agregar que, si bien para Degérando la posición sobre el origen de las ideas separa a especulativos de experimentales —como también ocurre en el relato estándar—, no obstante, dicha posición no es considerada como la base sobre la que parte la distinción entre ambas corrientes, sino como una de sus consecuencias, junto con otras relativas al método y al criterio del conocimiento. La base fundamental que establece la distinción entre especulativos y experimentales es su posición sobre cómo se articulan los sentidos y la razón para dar origen al conocimiento. La divisoria de aguas no es el origen de las ideas, sino el origen del conocimiento en términos de las facultades que intervienen en él. Tanto especulativos como experimentales proponen un equilibrio o conciliación entre las facultades del sentido y de la razón. Para los primeros, se parte de máximas de la razón que pueden explicar en un segundo término las ideas sensibles; para los segundos, se parte de la información sensible que debe ser debidamente procesada por la razón para explicar los fenómenos observados. Tener en cuenta esta fundamentación es la clave para comprender las diferencias de la narrativa de Degérando con el relato estándar.

En cuanto a la cuestión del método, mientras los filósofos experimentales prefieren los métodos de tipo *a posteriori* o analíticos, que van de los hechos particulares a los axiomas, de los efectos a las causas (por ejemplo, Hipócrates, Aristóteles y Bacon). Así van de lo existente a lo posible.

Los especulativos adoptan métodos *a priori* o sintéticos que proceden en el sentido inverso (Platón, Descartes y Leibniz), de modo que van del “deber ser” y de lo posible a lo existente (II, 372-3).

La última cuestión sobre el conocimiento que se disputan la filosofía experimental y la especulativa tiene que ver con el criterio para distinguir lo verdadero de lo falso. Los experimentales buscan este criterio a veces en las impresiones sensibles, otras en el acuerdo de estas impresiones entre sí; a veces en el acuerdo de las impresiones con la razón; a veces, en un sentimiento interior o en el sentido común. Por su parte, los representantes de la filosofía especulativa piensan que el criterio se encuentra o bien en la identidad o bien en el principio de no contradicción, o en la evidencia, o en las reglas generales de la lógica, o bien en una garantía que proviene del orden sobrenatural (II, 374).

Degérando introduce dos importantes consideraciones finales a su análisis de estos dos sistemas. La primera indica que “esta distinción no puede ser rigurosamente constante”. Asumir lo contrario, implicaría suponer que los filósofos son siempre consecuentes con sí mismos, de manera tal que siempre se atienen a todas las consecuencias de las doctrinas fundamentales que abrazan. Pero tal cosa no ocurre en todos los casos. Degérando muestra que Aristóteles es un claro ejemplo de ello: por un lado, rechaza el innatismo, pero por otro, adopta como criterio de verdad la no contradicción.

7. CONCLUSIÓN

A lo largo de este estudio de la narrativa de Degérando, hemos visto que la oposición entre el racionalismo y el empirismo, aparece como una más y en el mismo nivel que distinciones entre filosofía especulativa y filosofía experimental, entre materialismo e idealismo, y entre escepticismo y dogmatismo. Junto con ellas, recorre transversalmente las distintas épocas del filosofar. De tal manera, lejos de cumplir la función de base estructurante de todas las doctrinas filosóficas que tuvieron lugar en los siglos XVII y XVIII, esta dicotomía entrecruza las tres grandes escuelas que marcaron la filosofía moderna. Degérando muestra que, en verdad, antes que constituirse como ejes conceptuales que dividen las escuelas principales, en ciertas ocasiones las respuestas

dadas a las tres preguntas centrales sobre el origen, la certeza y la realidad del conocimiento funcionaron como vasos comunicantes entre las distintas escuelas (II, 343).

Así, por ejemplo, Hobbes es un discípulo díscolo de Bacon que cae en el empirismo “ciego”. Desarrolla una escuela propia y se cuenta entre los representantes de la filosofía especulativa, junto con muchos de los integrantes de la familia cartesiana —que en la narrativa heredada forman parte del racionalismo—. Ciertamente, puede alegarse que Hobbes no es precisamente uno de los autores que forman parte de las dos triadas construidas por la narrativa estándar. Pero Berkeley y Hume sí lo eran. El idealismo de Berkeley es otro hijo infiel de la familia baconiana. Al subrayar el valor de la reflexión, terminó “atrincherado” en “el mundo de las inteligencias” (II, 395) y se aproximó al pensamiento especulativo, junto con Clarke. A diferencia de Berkeley, Hume —que también es un idealista descendiente de la escuela de Bacon— no se acerca a los especulativos ni a los racionalistas, pero junto con Hobbes termina en el empirismo rechazado por Bacon (II, 359). En cuanto a la triada tradicional racionalista, es poco lo queda de ella. Descartes y Leibniz no forman parte de él, sino que son fundadores de distintas escuelas. Sólo queda Spinoza que es un discípulo innovador del cartesianismo.

Degérando observa que a los fuertes contrastes entre sistemas que se presentan como extremos y absolutos, le siguen posiciones intermedias y conciliadoras. Entre los extremos y el punto medio, se despliega una serie de matices, a veces más cercanos a los extremos; otras, más afines con la doctrina intermedia. De tal manera, se da una “escala de graduación de sistemas” (II, 344-345). Degérando no reduce la historia de la filosofía a simples dicotomías que se superan con una tercera posición, sino que la interpreta como la coexistencia y a la vez diacronía de sistemas que se diferencian entre sí de manera escalada. Con respecto a la certeza se puede sostener que un estado de duda es necesario para llegar a la certeza; con respecto al origen, una posición conciliadora mantiene que se deben conjugar los sentidos con la razón; los hechos con las deducciones (filosofía especulativa y filosofía experimental); finalmente, en cuanto a la realidad, una perspectiva intermedia sostiene que son reales tanto los objetos conocidos por los sentidos externos como aquellos obtenidos por los sentidos internos (II, 341-342). Degérando se opone a las posiciones extremas y absolutas que generan disputas filosóficas infructuosas (a las que considera causadas por métodos “imperfectos” y por la intervención de ciertas pasiones

nocivas para la filosofía –como la vanidad, la envidia, la ambición, etc.) (II, 349-350). Es partidario de las posiciones intermedias que convergen en la escuela que recibe los mayores elogios a lo largo de su narrativa: la filosofía experimental, que surge del pensamiento de Bacon y se prolonga en su forma más fiel y acabada en la filosofía de John Locke.

A diferencia del relato estándar, Bacon no es descrito como el padre del empirismo, ni Locke como su principal propulsor en el siglo XVII, porque el empirismo es para Degérando una posición extrema que no representa el pensamiento de ninguno de estos autores. Ambos construyen una filosofía en la que sentidos y razón son absolutamente imprescindibles para la obtención del conocimiento, sin caer en el “empirismo ciego” que sostuvieron otros filósofos antes y después que ellos.

Aunque sostiene que el conocimiento es el tema central de la filosofía moderna, el cuadro general que resulta de este relato se separa notablemente de la visión historiográfica de inspiración kantiana que se convirtió en la narrativa estándar de la filosofía moderna hacia fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Esto no significa para nosotros que el relato de la filosofía moderna que nos brinda Degérando sea el verdadero y supera todas las limitaciones de la narrativa estándar. En verdad, sus taxonomías parecen muchas veces forzar las posiciones que realmente mantuvieron los filósofos para que encajen en ellas. En ese punto, tal vez no haga más proceder de una manera similar que sus colegas kantianos, sólo que –a diferencia de ellos– su filosofía preferida no es el criticismo, sino la filosofía experimental. Más allá del valor historiográfico que su obra tiene en sí misma, lo que para nuestros fines nos parece valioso en el relato de Degérando es que recupera un criterio clasificativo –el que distingue la filosofía experimental de la filosofía especulativa– el cual –en claro contraste con el criterio que separa el empirismo del racionalismo– fue adoptado para identificarse por los propios filósofos de la Modernidad. No pretendemos con ello, que lo aplica a aquellos que expresamente utilizaron esa denominación para presentarse a sí mismos. Sin embargo, utiliza una denominación corriente en la época que –al menos en términos generales– parece coincidir con lo que muchos filósofos modernos consideraban que era la filosofía especulativa y la filosofía experimental. Con ello, esta lectura historiográfica nos ilumina con nuevos elementos para revisar la narrativa histórica de la filosofía moderna en una clave que tal vez se acerque un poco más al pensamiento de sus propios protagonistas.

TRABAJOS CITADOS

- Anstey, Peter. "Experimental versus Speculative Natural Philosophy". *The Science of Nature in the Seventeenth Century*. Eds. Peter Anstey and John A. Schuster. Dordrecht: Springer, 2005. 215-42.
- Anstey, Peter & Vanzo, Alberto. "Early Modern Experimental Philosophy". *A Companion to Experimental Philosophy*. Eds. Justin Sytsma, & Buckwalter, W. . Hoboken: John Wiley, 2016. 87-102.
- Ayers, Michael. "Theories of knowledge and belief". *The Cambridge History of Seventeenth-Century Philosophy*. Eds. Garber, Daniel, and Michael Ayers. Cambridge; New York: Cambridge University Press, 1998. 1003-1061.
- Bacon, Francis. *The Advancement of Learning*, ed. by Michael Kiernan, *The Oxford Francis Bacon*, vol. IV. Oxford: Clarendon Press, 2000.
- Bennett, Johnatan. *Learning from six philosophers: Descartes, Spinoza, Leibniz, Locke, Berkeley, Hume*. Oxford: Clarendon Press, 2 vols., 2001.
- Buckle, Stephen. "British Sceptical Realism: A Fresh Look at the British Tradition." *European Journal of Philosophy* 7.1 (1999): 1–29.
- Calvente, Sofía. "Empirismo y racionalismo modernos: la historia de una disputa". *¿Por qué seguir contando historias de la filosofía? Reflexiones sobre la historia y la historiografía de la filosofía*. Eds. Silvia Manzo y Vera Waksman. Buenos Aires: Prometeo, en prensa.
- Chappey, J.-L., Christen, C., & Moullier, I.. "Introduction". *Joseph-Marie de Gérando, 1772-1842: connaître et réformer la société*. Eds., id. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2014. 11-41.
- Cottingham, John. *The rationalists*. Oxford: Oxford University Press, 1988.
- Daled, Pierre. F. *Le matérialisme occulté et la genèse du "sensualisme": écrire l'histoire de la philosophie en France*. Paris: Vrin, 2005.
- Degérando, Joseph Marie. *Histoire comparée des systèmes de philosophie, relativement aux principes des connaissances humaines*. Paris: chez Henrichs, 1804. 3 vols.
- Degérando, Joseph Marie. *Histoire comparée des systèmes de philosophie, considérés relativement aux principes des connaissances humaines*. Deuxième édition, revue, corrigée et augmentée. Paris: Eméry, 1822. Vol 1.
- Fischer, Kuno. *Franz Baco von Verulam: die Realphilosophie und ihr Zeitalter*. Leipzig: Brockhaus, 1856.

- Fraenkel, Carlos, Perinetti, Darío., & Smith, Justin, E. H. “Introduction”. *The rationalists between tradition and innovation*. Eds, id. Dordrecht: Springer, 2011. 1-10.
- Francks, Richard. *Modern philosophy: The seventeenth and eighteenth centuries*. Montreal: McGill-Queen's University Press, 2003.
- Garber, Daniel. “What’s Philosophical about the History of Philosophy. *Analytic philosophy and history of philosophy*. Eds. Tom Sorell, G. A. Rogers. Oxford: Clarendon Press. 2005. 43-60.
- Gaukroger, Stephen. “Descartes: Methodology”. *Routledge history of philosophy. Vol. 4: The Renaissance and seventeenth-century rationalism*. Eds. En Parkinson, G. H. R., & Shanker, S. G.. Londres, etc.: Routledge, 2003. 156-186.
- Gaukroger, Stephen. *The collapse of mechanism and the rise of sensibility: science and the shaping of modernity, 1680-1760*, Oxford; New York: Clarendon Press; Oxford University Press, 2010.
- Haakonssen, Knud. “The idea of Early Modern philosophy”. *Teaching new histories of philosophy*. Ed. Jerome Schneewind. Princeton: University Center for Human Values, Princeton University, 2004. 99-121
- Haakonssen, Knud. “The history of eighteenth-century philosophy: History or philosophy?”. *The Cambridge history of eighteenth-century philosophy*. Ed. id. Cambridge: Cambridge University Press, 2006. 3–26.
- Hatfield, Gary. “The history of philosophy as philosophy”. *Analytic philosophy and history of philosophy*. Eds. Tom Sorell, G. A. Rogers. Oxford: Clarendon Press. 2005.83-128.
- Huenemann, Charles. *Understanding rationalism*. Stocksfield: Acumen, 2008.
- Kolesnik-Antoine, Delphine. “Is the history of philosophy a family affair? The examples of Malebranche and Locke in the Cousinian School”. *Philosophy and Its History Aims and Methods in the Study of Early Modern Philosophy*. Eds. Lærke, Mogens, Justin E. H Smith, y Eric Schliesser. New York, NY: Oxford University Press, 2013. 159-177.
- Kuklick, Bruce. “Seven thinkers and how they grew: Descartes, Spinoza, Leibniz; Locke, Berkeley, Hume, Kant”. En Rorty, R., Schneewind, J. B., & Skinner, Q. (1984). *Philosophy in history: Essays on the historiography of philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984. 125-140.

- Lærke, Mogens, Justin E. H Smith & Eric Schliesser. "Introduction". *Philosophy and Its History Aims and Methods in the Study of Early Modern Philosophy*. Eds. Id. New York, NY: Oxford University Press, 2013. 1-6.
- Lennon, Thomas M. & Dea, Shannon, "Continental Rationalism", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2014 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <http://plato.stanford.edu/archives/spr2014/entries/continental-rationalism/>, 2014.
- Loeb, Louis. *From Descartes to Hume: Continental Metaphysics and the Development of Modern Philosophy*. Ithaca: Cornell University Press, 1981.
- Markie, Peter. "Rationalism vs. Empiricism", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2015 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL <http://plato.stanford.edu/archives/sum2015/entries/rationalism-empiricism/>, 2015.
- Neiman, Susan. *Evil in modern thought: An alternative history of philosophy*. Princeton: Princeton University Press, 2002.
- Norton, David Fate (1981). "The Myth of 'British Empiricism' ". *History of European Ideas* 1.4 (1981): 331-344.
- Picavet, Francois. *Les idéologues: Essai sur l'histoire des idées et des théories scientifiques, philosophiques, religieuses etc. en France depuis 1789*. Paris: Alcan, 1891.
- Pérez Ramos, Alberto. "Francis Bacon and man's two faces kingdom". *Routledge history of philosophy. Vol. 4: The Renaissance and seventeenth-century rationalism*. Eds. Parkinson, G. H. R., & Shanker, S. G.. Londres, etc.: Routledge, 2003. 130-155.
- Priest, Stephen. *The British empiricists*. Londres: Routledge, 2007.
- Gennaro, Rocco J., y Huenemann, Charles. *New essays on the rationalists*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.
- Russell, Bertrand. *A history of western philosophy, and its connection with political and social circumstances from the earliest times to the present day*. Nueva York: Simon and Schuster, 1945.
- Rutherford, Donald. "Introduction". *The Cambridge companion to early modern philosophy*. Ed. id. Cambridge: Cambridge University Press, 2006. 1-9.
- Santinello Giovanni y Piaia, Gregorio. *Storia delle storie generali della filosofia. L'eta hegeliiana*. Vol. 4.1. Padua: Antenore. 1995.

- Schneewind, Jerome B.. *The invention of autonomy: A history of modern moral philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- Schneewind, Jerome. ed. *Teaching new histories of philosophy*. Princeton: University Center for Human Values, Princeton University, 2004.
- Schneider, Ulrich. *Philosophie und Universität: Historisierung der Vernunft im 19. Jahrhundert*. Hamburgo: Felix Meiner, 1999.
- Sullivan, T. D., & Pannier, R.. *Modern challenges to past philosophy: Arguments and responses*. Nueva York: Bloomsbury, 2014.
- van Fraassen, Bas. *The Empirical Stance*. New Haven: Yale University Press, 2002.
- Vanzo, Alberto. “Kant on Empiricism and Rationalism”, *History of Philosophy Quarterly* 30.1 (2013): 53-74.
- _____. “From Empirics to Empiricists”, *Intellectual History Review* 24. 4 (2014): 1-22.
- _____. Vanzo, Alberto. “Empiricism and Rationalism in Nineteenth-Century Histories of Philosophy”, *Journal of the History of Ideas* 77.2 (2016). En prensa).
- Watkins, Eric. “Introduction”. *The divine order, the human order, and the order of nature: Historical perspectives*. Ed. id. Nueva York: Oxford University Press, 2013. xvii-xxviii
- Woolhouse, Roger S.. *The empiricists*. Oxford: Oxford University Press, 1988.